

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO PINTOESCO DE LITERATURA.

NUM. 292.

MADRID 27 DE OCTUBRE DE 1843.

SEGUNDA SERIE.

### REVISTA DE TEATROS.

El señor Villanar está escribiendo una comedia en un acto, que formará parte del teatro del señor Alarcón.

Como hayá llegado á nuestros oídos que algunas personas han dado la impresión de la ley. Se ha un sentimiento que no tiene, debemos hacer una declaración sobre este punto. Nosotros hemos leído la biografía de este Sr. Villanar en la obra de don Juan de los Rios que ha publicado la Academia de la Lengua. En esta obra se dice que el Sr. Villanar era un hombre de letras que habia sido en su tiempo un gran escritor. Se habla así en la biografía de don Juan de los Rios. En la obra de don Juan de los Rios se dice que el Sr. Villanar era un hombre de letras que habia sido en su tiempo un gran escritor. Se habla así en la biografía de don Juan de los Rios.



LA HIJA DE SANTIAGO.

### JUAN QUE RIE Y JUAN QUE LLORA.

Aquellos á quienes su corazon ni su fantasia han abierto jamás ciertas esferas nada comprenderán de seguro de aquella inacción, de aquel silencio. — ¡Qué! ¿No os hizo reír la ingenua declaración de Juan, y su discurso tan extraño como delirante? — ¡Qué! ¿No tuvisteis la curiosidad de preguntarle el nombre de su amada? — ¡Qué!... y otras admiraciones y otras preguntas. No ciertamente; el discurso de Juan no me causó risa, ni procuré averiguar el nombre de la mujer á quien amaba. ¿Oivadais que á la sazón no era yo tampoco mas que un escolar? Y aunque yo tuviese algo mas de sangre fria y de juicio, ¿habia de ser menos accesible á la verdad y al sentimiento que explicaba la misma incoherencia de sus palabras.

Hábiame, pues, comunicado Juan su pasión y su entusiasmo. Ambos permanecimos sin voz, mas no sin ideas, él alhagando sus esperanzas para lo futuro, yo reflexionando en todo lo que me habia contado, y no pudiendo prescindir de conocer que amar de aquel modo era un encanto sin ejemplo.

Aquella contención de todas nuestras facultades, agolpando su energía interiormente sin consentirlas su exterior ejercicio, fue tan completa y tan profunda, que no percibimos ni aun la sombra de los gigantescos árboles prolongándose por la superficie del rio, ni desplegarse en torno nuestro el velo de la noche. Por último, la vaga frescura que comenzaba á sentirse en el fondo del bosque, la humedad de la yerba y de la atmósfera me devolvieron la sensación física del parage en que nos hallábamos y de la hora que

era. Dispertéme como sobresaltado, me levanté, y le dije á Juan.

— Mira, ya es tarde; volvámonos. Tu madre y la mia estarán con cuidado.

— ¡Ah, dios mio! ¿Tan pronto? dijo. ¿Qué contratiempo! Estábamos aquí tan bien!... Pero tienes razon... y es tarde.

Salimos del bosque: tomamos á la derecha, cruzamos otro puente llamado de Sanclieres, y luego trepamos por tierra blanca al camino nuevo que conduce al pueblo.

Brillaba el cielo rico de estrellas. Veíase la naturaleza como revestida de una serenidad melancólica y adormecida en imponente calma llena de magestad y de dulzura. Solo se oían de vez en cuando los ladridos de un mastin, ó los apagadosacentos de algun ruiseñor en los vergeles de la orilla izquierda del canal, en los campos ricos de abundantes mieses, y en las colinas que unen la blancura al pueblo; ó bien se percibía en la soledad y en son de clamores el graznido de un buho; ó bien esos ruidos extraños, inarticulados, incomprendibles, que al menor soplo de viento se elevan de noche de la inmensa extensión de bosques, campos y praderas, cuyos limites son enhiestas cimas ó ásperas quebradas.

En todo nuestro camino ni Juan ni yo nos dirigimos ni una sola frase, ni una sola mirada; pero nuestras almas se entendían; seguíamos cadencioso compás en nuestros pasos, y el eco que los repetía era como el único punto de contacto y de enlace por el que parecía que estábamos de inteligencia.

Luego que llegamos á una de las arruinadas tapias del pueblo, donde debíamos separarnos, dije con efusion. — Adios, Juan, abrázame!

— ¡Oh! ¡Cuán bueno eres! exclamó arrojándose en mis brazos.

¡No te has burlado de mí! Tú serás el único ante quien se abran de par en par las puertas de mi casita, y aun te consentiré que des á mi mujer dos besos cada año; uno el dia del aniversario de su nacimiento, y otro el de nuestras bodas.

Después de abrazarnos sonriendo, nos despedimos, y Juan se engolfó en la calle donde vivia; yo trepé unas rocas escalonadas, cuya plataforma se halla á la parte alta del pueblo y me dirigí á la plaza de la ciudadela, donde estaba mi casa; sufrí algun regaño por mi tardanza. La humedad del bosque, la proximidad del rio y los malos encuentros que ocurren en los caminos habian causado los temores de mi sencilla y amorosa madre á quien satisface con una pun honrosa mentira. El susto que habia pasado se dispó poco á poco, y viéndola sin inquietudes, me persuadí de que no debia acojorarme ninguna clase de remordimientos.

¡Oh tiernas imágenes de la infancia! ¡oh suaves aromas del pais natal que en el momento de escribir estas líneas venís á embalsamar mis memorias! ¡Locas alegrías! deliciosos ensueños! ¡Puros y vastos deseos que abarcáis el mundo para estrellaros después en tristes realidades ó para consumiros en aspiraciones dolorosas! ¡Cuántas materias brindáis al filósofo! Pero basta, ¿no veis á toda la banda melodramática que se agita en torno nuestro y nos pregunta en sus ahullidos por la acción y por la intriga de este éxito? Silencio si es preciso un grito de pasión vibre en sus oídos con las notas que les pascen para que no les quede pretexto alguno de sofocar las armonías del corazon con su abominable concierto de clarines y timbales.

III.

Permitidme haga una reflexion que me parece oportuna.

¿No habeis reparado, lector amigo, que entre todos los novelistas tan amenos, tan dramáticos, tan exclusivamente enamorados, segun presumen, de la accion y de la intriga, no hay ni uno solo que no acostumbre à conseguir mas tiempo y mas frases que las que conviene á la pintura del mas insignificante de sus personajes, cuando en otro tiempo nuestros buenos autores dedicaban un capitulo breve y sustancial para instruirnos de las circunstancias mas esenciales de su relato? Sin duda os ha causado hastio muchas veces ese conjunto de ciencia frenológica; propia cuando mas para hacer el gasto del genio de un escritor que cuida del volumen de una obra y no del interés y de la idea de la obra. No obstante estos señores pasan en la idea comun por muy diestros y poderosos carpinteros de leyendas (hablando en estilo de oficio), sea en buen hora; nada importa si una vez armado el teatro, por mucha habilidad que demuestren, solo consiguen representar un drama digno de una feria.

Por mi parte declaro que no puedo tolerar se usen ardidcs con los lectores; aborrezco de corazon todo ese toco cebo con que se excita el insaciable apetito de una curiosidad vana y estéril. Me place cuando abro un libro (y tengo el convencimiento de no ser el único) leer una vez y otra y comentar tal párrafo ó tal página que me seduce ó me enternece. Al enredo mas maravillosamente enlazado y descentizado prefiero la originalidad del asunto, la claridad del plan y la verdad de los caracteres. ¡Dichoso quien puede hallar tan preciosos dotes! Ni puedo creer que una obra aun cuando sea de pura imaginacion deba ser leida al vapor como se va por los caminos de hierro.

Ea, lectores, vosotros á quienes toda lentitud impaciente, y gustais de que el estilo se precipite como un torrente á través de los mas hondos carriles de la vulgaridad ó de la hinchazon, obtendreis en pocas lineas el retrato de la muger que representa el principal papel en esta historia. Y si estuviérais en nuestro lugar, de seguro no os satisfaríaís con tanto laconismo.

Hemos dicho á quien amaba Juan que rie y Juan que llora: sin ser precisamente una de esas mugeres que arrastran indolentes la flor de su hermosura en el arrollo, nunca hacia esperar mas de un mes al hombre que la aplacia. Despues, si este hombre la ofrelia un recuerdo ó una prenda de su gratitud, cualquiera que fuese, la aceptaba con franqueza sin escrúpulos ni ceremonias. Esta conducta no era un secreto para ninguno de los habitantes de la aldea, era preciso ser tan cándido como Juan para ignorarla. Cuando ella se presentaba en la calle ninguno se atrevia á ahullarla ni á señalarla con el dedo; era impendiblemente hermosa, y cuando semejante modelo de hermosura, en que el mas suave ideal se une á la mas noble perfeccion de las formas, casi siempre inspira á los mas ardientes y á los mas tibios una especie de admiracion muda y de continencia involuntaria que raya en temor y respeto. Mas apenas cesaban los que la veian de sentir encanto de la extraordinaria gentileza que ostentaba en su mirada y en su paso, todo era cuchicheos y sonrisas á derecha é izquierda. Y luego, por conclusion, y segun la costumbre del país de designar á las mugeres de cierta clase con el nombre de su padre ó de su madre, se decian á media voz como recatándose todavia de ser oidos:—¿No habeis visto? ahí vá la *hija de Santiago*... ¡Qué perdicion y qué lastimal!

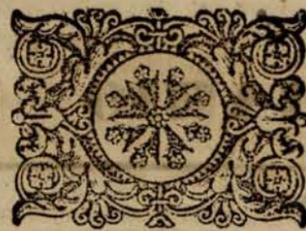
Pero la hija de Santiago iba ya lejos. Ella adivinaba perfectamente las observaciones que ha-

cian respecto de su persona. Padeceria su orgullo tal vez. ¿Se sentiria tal vez herida en ese pudor secreto de que la muger mas desenvuelta no alcanza jamas á despojarse del todo? En eso no cabe duda. Sin embargo, ningun sonrojo por leve que fuese, ningun otro sintoma de desprecio ó de cólera revelaba la interior agitacion de su alma, sino un débil fruncimiento de cejas y un imperceptible plegar de sus labios lleno de amargura. ¿Y cómo remediarlo? Tal era aquella jóven: fresco boton que nadie hubiera arrancado sino con mano trémula de su tallo, previno desde muy luego todo combate y todo deseo deshojando su casta còtola y lanzando sus falsámicos pétalos á los cuatro vientos; y no porque conservan la menor ilusion sobre los escandalos de su vida, ni porque dejase de comprender perfectamente el estado de objeccion á que la reduciria tarde ó temprano aquel incesante abuso de su juventud. Conocia que era un ente despreciable, pero tambien estaba cierta de que nadie en la aldea, ni hombre ni muger, se atreveria á hablarla sino con el tono del sentimiento ó de la súplica. Aquel irresistible ascendiente que ejercia respecto de los mas atrevidos y mas locos, como de los mas timoratos y mas prudentes constituia toda su arrogancia y todo su consuelo. En el trance á que habia llegado era de parecer que seria doblar la cerviz bajo el yugo que habia sacudido con valentia y consentir de un cualquiera la discreta censura á que su conducta daba margen, si de alli adelante se sujetaba á la obligacion mas minima. Ademas no siempre conseguia ser dueña del corazon de aquellos mismos de quienes aceptaba servicios y obsequios.—¡Ea, pues, hija mia, conjunto de gracia, hermosura, castidad, candor, santa virginidad del alma y de los sentidos, malgasta á tu antojo ese tesoro que Dios te habia concedido en uno de sus mejores dias de prodigalidad y de venobolencia... Despues que lo hayas desperdiciado todo y todo lo veas marchito, entonces creeras llegado el tiempo de la humillacion y del arrepentimiento.

Volvamos á Juan que rie y Juan que llora. Cuando en la mañana que siguió á nuestro paseo por el bosque se sentó á mi lado en el aula de filosofia, le vi suspenso, pálido y melancólico. Sin duda habia pasado mala noche, y su pupila estaba aun cubierta con ese velo misterioso que al despertar deja todavia tendido sobre los ojos un dulce y suave ensueño. Cualquiera otro que no fuese un doctor atestado de lógica, hubiera juzgado que aquel era el instante menos á propósito para pedirle á Juan la definicion de un tema escolástico; pero cuando no se tiene práctica de la vida sino para las cosas de su oficio no se cuida uno de tales cosas. Nuestro profesor, pues, mandándole á Juan que se levantara le consultó con gravedad á propósito de Aristóteles sobre las categorías de la sustancia y del accidente. Obedeció Juan, y despues de recogerse por un instante en sí mismo, contesto como hombre que se desperta sobresaltado, que la sustancia era el corazon, y el amor el accidente. Esta explicacion promovió una carcajada universal en toda la clase. Nuestro profesor que era jóven y buen diablo en el fondo, se mordió los labios por no incitar nuestro ejemplo. Le indicó á Juan como era imposible que su respuesta fuese adecuada, rogándole que probase con un silojismo la certeza de su aserto. Juan se turbó, construyó su argumento de mala manera, se enredó en las premisas y no pudo deducir sino una confluencia estrafalaria. Le instó el profesor con tono paternal, á que se sosegara y reflexionase: como Juan vacilase y tartamudeara cada vez mas, le añadió que aguardaria de buen grado hasta la tarde para esclarecer aquel punto, sobre el cual no le habia aun satisfecho toda la sutileza de su argumentacion, y que á fin de ponerle en el

camino recto le agradeceria mucho que formase una disertacion en regla sobre el silojismo.

(Continuará.)



REVISTA DE TEATROS.

El señor Villergas está escribiendo una comedia en un acto, que formará parte del beneficio del señor Alverá.

Como haya llegado á nuestros oidos que algunas personas harto susceptibles han dado á lo que digimos de la Guy Stefan una interpretacion que no tiene, debemos hacer una declaracion sobre este punto. Nosotros hemos leído la biografía de la Guy Stefan; en ella se hace mencion de los teatros que han logrado la fortuna de poseer esta preciosa joya del arte de Tersicore, y no hemos visto al í que la *Academia Real de Música* haya merecido hasta el dia la honra de contar á la Guy Stefan entre el número de sus privilegiadas artistas. Se habla así en la biografía de que la incomparable bailarina salió á ejecutar un pas-de-deux en la ópera de Gustavo III, que no se cantó en la Academia. Nosotros somos de dictámen que las empresas teatrales deben la verdad al público, y que el mérito artístico de la Guy Stefan no adquiere realce ni sufre menoscabo con que sea ó no primera bailarina de la Academia Real de Música. Esta perla del baile ha verificado su primera salida en el teatro del Circo con *Gisela*: cuando hablemos de esta funcion se conocerá si los redactores de la *Revista de Teatros* tienen animosidad, que seria estúpida por lo infundada, hácia una artista que en nuestro sentir escede con mucho en el baile á todas las notabilidades de su género que han pisado en este siglo la capital de España; salvo que nos desmientan los concurrentes al teatro de los *Caños del Peral* antes de la guerra de 1808. De todas maneras no retiramos ni una línea de cuanto dijimos en nuestro número, porque para nosotros hay una cosa superior á los artistas y á las empresas, y es el público.

Hoy debe honrar la reina doña Isabel II con su asistencia la representacion del *Moisés* en el teatro del Circo

En el próximo mes de noviembre se ejecutará en el teatro de la Cruz, entre otros beneficios, el de la distinguida actriz doña Bárbara Lamadrid, estrenando, segun se dice, un drama de don José Zorrilla.

No hay que dudarle: los bailes, y especialmente los de Pizarro, *La Lámpara maravillosa* y la *Encantadora* han herido de muerte las comedias de magia.



TEATROS.

CRUZ.	Lucia. . . . .	Tabela.	Criado. . . . .	Rada.	CIRCO.
A las siete y media de la noche. Se ejecutará el drama nuevo en cuatro actos y en verso original de don José Zorrilla, titulado:	Teresa. . . . .	Durán.	Terminará la funcion con baile nacional.		A las siete y media de la noche.
EL MOLINO DE GUADALAJARA.	B. Pedro Carrillo. Sres.	Lombia.			EL NUEVO MOISES.
PERSONAGES. ACTORES.	Juan Perez. . . . .	Alverá.			Opera seria en 4 actos.
Doña Juana. . . . . Sras. Perez.	Gil de Marchena.	Lumbreras.	PRINCIPE.		S. M. y A. honrrarán con su presencia la funcion de esta noche, El teatro estará colgado é iluminado
	Lucas Ruiz. . . . .	Azcona.	A las siete de la noche.		
	Ballestero 1.º . . . . .	Carcelle.	Se pondrá en escena la gran comedia de magia, nueva, original, en siete cuadros escrita en prosa y verso, titulado:		
	Id. 2.º . . . . .	Torroba.	LAS BATUECAS.		
	Id. 3.º . . . . .	Garcia.			IMPRESA DE BOIX.